

(2) **Personal.**—El personal mínimo para ejecutar este programa constará de las siguientes personas: un ingeniero sanitario jefe; un ingeniero sanitario ayudante; dos taquígrafas u oficinistas. A medida que la labor se extienda, el personal debe ser aumentado. Tratándose del país en conjunto, hay que dividirlo en distritos, colocando ingenieros ayudantes en los diferentes sectores. Este plan distrital quizás no pueda aplicarse desde el comienzo, pues primero debe establecerse y entrar en funciones la oficina central en la capital del país.

(3) **Instalación.**—Al principio será necesario proveer al departamento de archivadores, carpetas, máquinas de escribir, y en general, material de oficina, incluso formularios en blanco.

## EL CHARLATANISMO EN MEDICINA

Por el Dr. CARLOS A. GRAU

*Director de la Oficina Química de la Dirección General de Higiene de La Plata,  
República Argentina*

Se suele llamar “charlatán” al que hace alarde de conocer algo que en realidad ignora. El charlatán en medicina se denomina “curandero.” Y como el curanderismo ha dado origen a la medicina actual, podría pensarse que no es posible retroceder a las épocas en que estuvo en auge, porque la historia no vuelve atrás, como el tiempo y como la vida.

Desgraciadamente, la realidad es otra, pues el charlatanismo en medicina no sólo es ejercido actualmente por gente que carece de diploma, que es el caso de los curanderos, castigado en nuestro país por todas las leyes, nacionales y provinciales, del ejercicio de la ciencia y arte de curar, sino también por personas con diploma, al amparo de dichas leyes, como ocurre con los médicos que actúan favorecidos por una publicidad comercial digna de propósitos más nobles, y con los farmacéuticos y bioquímicos preparadores de panaceas.

**Charlatanismo sin diplomacia o curanderismo.**—Desde Aristóteles, que antes de ser preceptor áulico y el sabio filósofo de todos conocidos, fué charlatán vendedor de drogas en las ferias, hasta nuestros días, el curanderismo ha medrado en las sociedades de todas las épocas. En la provincia de Buenos Aires se recuerdan siempre las hazañas de dos famosos curanderos: Pancho Sierra, de Pergamino, y la Madre María, de Lomas de Zamora, cuyos discípulos perduran diseminados en diversas localidades donde actúan a pesar de las persecuciones de las autoridades sanitarias.

Lo curioso (lo interesante para los que coleccionan antecedentes), es que en naciones tan civilizadas como Alemania e Inglaterra, los curanderos son respetados por el Estado. En estos países hasta están organizados en sociedades, constituídas para defender sus intereses, las que cuentan con millones de socios, y con un cuerpo de competentes y bien pagados asesores jurídicos que les sirven para prosperar en la sociedad, al margen de la ley y del buen sentido, y al amparo de la hermenéutica curialesca y sofística. En Francia, según Joaquín de Luna, el charlatanismo con y sin diploma constituye también una plaga peligrosa que no se sabe como extirpar.

Recientemente en Alemania, quizás para compensar a los seis mil judíos a quienes se ha prohibido ejercer la medicina, el gobierno no sólo ha disminuído en dos años la carrera universitaria, sino que, además, ha reconocido oficialmente a los “Heilpraktiker” (prácticos en medicina), de más de 25 años de edad, el derecho a ejercer como médicos, siempre que demuestren una “capacidad intuitiva” para curar enfermos y que acrediten tres años de labor eficaz en esa tarea.

Ya tienen, pues, los curanderos de todo el mundo, el ejemplo de un país cultísimo, donde en pleno año 1939 se les reconoce el derecho a explotar la credulidad de los tontos y deshauciados. Razón tiene sin duda Berdiaeff cuando clasifica la época actual de transición que vivimos, como una nueva Edad Media. La calificación es certera: nuestras mujeres han dado en usar sombreros medioevales; las naciones procuran aislarse levantando barreras aduaneras, y en sus relaciones internacionales vuelven al trueque, es decir, pagan con mercaderías; numerosos cruzados disfrazados de estadistas ponen en sus escudos motes semejantes al de "bastarse a sí mismo" y "comprar a quien nos compra"; se castiga el pensamiento; se fomenta el odio racial y la ciencia vuelve a tener patria. Sea bienvenida esta nueva Edad Media, si luego ha de llegar el Renacimiento, pero no el de las ciencias, letras y artes, que no necesitamos, sino el otro, el del mundo moral que tanta falta nos hace, si algún día queremos ser hombres en el concepto elevado de la palabra, expresado magníficamente en la conocida poesía de Rudyard Kipling. Pero sigamos con los charlatanes.

La clientela del curandero es la gente supersticiosa que acude a él en vez de ir al consultorio del médico diplomado, porque para ella, éste no conoce más que la "medicina oficial," mientras que el primero cura en base a un poder sobrenatural que dice poseer. Su clientela, en el fondo, está constituida por ignorantes y estólidos. También suelen acudir igualmente muchos de espíritu cultivado, lo que no obsta para que les corresponda el segunda calificativo. Y en esta clientela, una buena parte la constituyen los "incurables," esa columna dantesca de candidatos al devenir, que guiados por el deseo bien humano de encontrar remedio a sus males, acuden al curandero, cansados ya de pagar tarjetas en los consultorios de los médicos, llevados por la esperanza de un alivio a sus dolencias, esperanza que en este caso, en vez de ser estrella de Belén, es atajo que les acorta el camino al reposorio eterno.

Sin duda alguna, a estos enfermos incurables les ocurre con los médicos lo mismo que a los incrédulos con los sacerdotes de la Iglesia: son miopes, que sólo ven las imperfecciones humanas de los representantes que ejercen ambos ministerios, y de ello deducen conclusiones equivocadas sobre la medicina y la religión en sí.

Se nos dirá que son muchísimos los casos que se mencionan de charlatanes sin diploma que han hecho curas maravillosas de enfermos de cáncer, úlceras de estómago o duodeno, meningitis, etc. La explicación es muy sencilla: o curan enfermos que ellos mismos diagnostican y que, por lo tanto, no existen, o curan enfermedades que han sido diagnosticadas erróneamente por médicos apresurados en sus juicios y que, por ende, tampoco existen. Por otra parte, cuando los enfermos atendidos por curanderos mueren, los deudos se resignan filosóficamente exclamando: "No había nada que hacer, le había llegado la hora."

La anécdota de Briquet, el bufón del rey francés Enrique III, que demostraba a su señor que todo el mundo pretende saber medicina y que, por ello, la profesión más común es la de médico, es siempre de actualidad. Basta que en cualquier momento de la vida diaria digamos que nos duele la cabeza, el estómago o la espalda, para que quien nos escuche nos aconseje un remedio. ¿Derivará esto de la costumbre que tenían los egipcios de llevar a sus enfermos a la plaza pública para que cada transeunte diera su opinión y recetara?

La credulidad es tan grande en el hombre de la calle, que si no fuera así, no tendrían adeptos los curanderos y los politicastro. Para muchos, el arte de curar es un don divino. Se nace con él como con buena voz, con pie plano o con dedos de guitarrero. Y el curandero procura reforzar esta convicción que favorece su negocio. Además, como siempre es más modesto el que sabe mucho que el ignorante, el curandero aparenta tener más aplomo ante el enfermo que el médico diplomado, y habla con mayor seguridad en virtud de su inconsciencia.

Finalmente, no es de extrañar que el curandero, por su optimismo contagioso, fruto exclusivo de su ignorancia, profetice las curaciones más inverosímiles y levante el espíritu caído de los enfermos, contagiándoles su fe ciega en el restablecimiento, fe que es factor poderoso de cura, mientras el médico diplomado, consciente de lo que padece el enfermo, se muestra cauteloso, prudente, reservado.

Otra razón de la buena aceptación que tienen en general los curanderos, es que "no hablan en difícil" o con términos técnicos, como los médicos, sino el mismo lenguaje del enfermo y hasta aceptan mansamente que éste opine sobre su enfermedad, cosa que el profesional no admite jamás y se molesta siempre que ocurre.

Ya hemos dicho que el curanderismo es castigado severamente por la Ley y perseguido por las autoridades sanitarias, pero prolifera en todos los ambientes como planta de chamico, por las razones apuntadas. Las Leyes de Partidas castigan el intrusismo, pero entonces, como ahora, la Justicia sólo intervenía cuando moría el enfermo, porque en los demás casos no se hacía la denuncia correspondiente.

**Charlatanismo con diploma.**—Es lamentable tener que expresar que los curanderos no son los únicos vividores de la credulidad humana: existen, también, profesionales diplomados que viven de ella (médicos, farmacéuticos, bioquímicos, etc.).

Es así que ejercen el charlatanismo con diploma los médicos que propalan en avisos impresos o radiotelefónicos, que curan tal o cual enfermedad sin drogas ni inyecciones, mediante la aplicación de determinada onda, aparato o sistema de tratamiento; los fitoterapeutas, los simpácticoterapeutas, magnetizadores y homeópatas, etc.; como también ejercen el charlatanismo los farmacéuticos y bioquímicos preparadores de especialidades medicinales, que curan determinadas dolencias y anuncian sus productos como lo hacían en la Edad Media los charlatanes de feria, pretendiendo crear en nuestro ánimo un estado de ansiedad o de temor sobre el funcionamiento de nuestro corazón, de nuestras venas, de nuestras glándulas, de nuestros nervios, de nuestros intestinos, etc., para que curándonos en salud, adquiramos por precaución un frasco del específico tal o cual, maravilla de la ciencia moderna y ejemplo patentado del arte de engañar al prójimo.

Por ahora, en nuestro país vivimos bajo el temor de no ingerir suficientes vitaminas A, B, C, D, o E. En breve, sin duda alguna, oiremos hablar de la alcauciloterapia a base de extracto de brácteas de alcaucil, que en Europa está haciendo furor gracias a una publicidad obsedante, y todos nos sentiremos enfermos del hígado y comeremos alcachofas a pasto o empezaremos a masticar alfalfa por ser muy rica en vitamina K, de gran utilidad para la sangre.

En Londres, hace algunos años la enorme propaganda hecha a favor de una marca de jabón, persuadió a miles de personas que olían mal, les hizo creer que padecían de "C. O." (en castellano sería "O. C."), término refinado que se divulgó para referirse al olor corporal. (Corporeal odour, en inglés). Y así por el estilo, la propaganda moderna crea determinada psicosis, la gente habla de carencia de vitaminas, de la necesidad de aliviar el trabajo de los riñones, de aumentar el poder oxigenante de la sangre, de fortalecer el cerebro, etc.

Evidentemente, el progreso de la humanidad es externo: adelantan las ciencias, las artes y las industrias, pero el alma humana, a pesar de la cultura y civilización sigue siendo la misma, primitiva, supersticiosa, simple, crédula. En 1508, Desiderio Erasmo, en su conocido "Elogio de la Estulticia," decía que los médicos más ignorantes, más charlatanes y temerarios, son los que tienen mayor valimiento entre la gente, aun la más encumbrada. De nada han valido los cuatro siglos transcurridos, pues hoy, como entonces, entre el profesional probo y silencioso y el logrero sensacionalista, entre el estudioso y reservado y el charlatán imprudente la gente sigue siempre al segundo.